



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
Second Sunday of Easter (Divine Mercy)

The readings for this Second Sunday of Easter show us Jesus Christ appearing to the disciples, who were still afraid, and illustrate how the resurrection of Jesus led diverse people to live together and create a community where no one was in need.

Through the Easter Triduum celebrations, we relived the final days of Jesus. He was captured and unjustly tried by both Jewish and Roman authorities; He was tortured, publicly humiliated, and crucified. Jesus endured all of this despite having done nothing but good, proclaiming the Kingdom of God through both word and action.

The scene of Jesus being abandoned by His disciples at the time of His capture is painful. Just before His arrest, during the Last Supper, they had emphatically vowed that they would not abandon Him, only to run away at the sight of armed guards. Even before this, in the Garden of Gethsemane, He was in anguish over His imminent death. He begged the Father to "take this cup away" if it were possible. Like any human being, He did not want to die. To make matters worse, He was abandoned at the last minute by His followers. Yet, His resolve to do the Father's will made Him embrace what was about to happen—with or without His disciples.

However, this very same Jesus, whom God raised from the dead, immediately reached out to these disciples. Even though the doors were locked and they were still terrified, Jesus appeared to them, gave them His peace, and sent them to continue the work the Father had given Him: "As the Father has sent me, so I send you." To help them accomplish this, Jesus gave them the Holy Spirit. Despite having been abandoned by these very people, it was to them that Jesus entrusted His mission. It was the power of the Lord's love and mercy that would help the disciples succeed.

The image of the first Christian community in the First Reading shows us the fruit of the disciples' work. They were dedicated to the apostles' teaching, to community life, to the breaking of bread, and to prayer. They held all things in common and distributed them according to each person's need. In this way, no one lacked the necessities of life. In this early community, it is evident how the members lived out the resurrection of Christ daily. This serves as a testament that the Lord's resurrection is not merely a memory of the past but a way of life; it is alive in communities where the Lord's life becomes a reality through relationships where people share what they have so that no one is in need.

On this Divine Mercy Sunday, we are reminded that God continues to reach out to us, sinners though we may be, just as He did to the disciples after the resurrection. He continues to send us on mission despite our sinfulness because we have the Holy Spirit to guide us. The first Christian community showed us that this path leads to a community of peace where no one is in want. We continue to receive this same calling today, especially at a time when there is an urgent need for peace in the world. True peace is not achieved through force, but through God's love and mercy, shown to us by the resurrected Christ reaching out to His disciples.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
Segundo Domingo de Pascua (Divina Misericordia)

Las lecturas de este Segundo Domingo de Pascua nos muestran a Jesucristo apareciéndose a los discípulos, que aún tenían miedo, y nos ilustran cómo la resurrección de Jesús llevó a personas de todo tipo a convivir y a crear una comunidad en la que nadie pasaba necesidad.

A través de las celebraciones del Triduo Pascual, hemos revivido los últimos días de Jesús. Fue capturado y juzgado injustamente tanto por las autoridades judías como por las romanas; fue torturado, humillado públicamente y crucificado. Jesús soportó todo esto a pesar de no haber hecho más que el bien, proclamando el Reino de Dios tanto con palabras como con hechos.

La escena en la que Jesús es abandonado por sus discípulos en el momento de su captura es dolorosa. Justo antes de su detención, durante la Última Cena, habían jurado enfáticamente que no lo abandonarían, solo para huir al ver a los guardias armados. Incluso antes de esto, en el huerto de Getsemaní, Él estaba angustiado por su muerte inminente. Le suplicó al Padre que «apartara de Él esta copa» si era posible. Como cualquier ser humano, no quería morir. Para empeorar las cosas, fue abandonado en el último momento por sus seguidores. Sin embargo, su determinación de hacer la voluntad del Padre le llevó a aceptar lo que estaba a punto de suceder, con o sin sus discípulos.

Sin embargo, este mismo Jesús, a quien Dios resucitó de entre los muertos, se acercó inmediatamente a estos discípulos. Aunque las puertas estaban cerradas y ellos seguían aterrorizados, Jesús se les apareció, les dio su paz y los envió a continuar la obra que el Padre le había encomendado: «Como el Padre me ha enviado, así os envío yo». Para ayudarles a cumplir esto, Jesús les dio el Espíritu Santo. A pesar de haber sido abandonado por estas mismas personas, fue a ellas a quienes Jesús confió su misión. Fue el poder del amor y la misericordia del Señor lo que ayudaría a los discípulos a tener éxito.

La imagen de la primera comunidad cristiana en la Primera Lectura nos muestra el fruto de la labor de los discípulos. Se dedicaban a la enseñanza de los apóstoles, a la vida en comunidad, al partimiento del pan y a la oración. Tenían todo en común y lo distribuían según las necesidades de cada uno. De este modo, a nadie le faltaba lo necesario para vivir. En esta comunidad primitiva, es evidente cómo los miembros vivían a diario la resurrección de Cristo. Esto sirve de testimonio de que la resurrección del Señor no es meramente un recuerdo del pasado, sino una forma de vida; está viva en las comunidades donde la vida del Señor se hace realidad a través de relaciones en las que las personas comparten lo que tienen para que nadie pase necesidad.

En este Domingo de la Divina Misericordia, se nos recuerda que Dios sigue tendiéndonos la mano, por pecadores que seamos, tal y como hizo con los discípulos tras la resurrección. Él sigue enviándonos en misión a pesar de nuestro pecado porque contamos con el Espíritu Santo para guiarnos. La primera comunidad cristiana nos mostró que este camino conduce a una comunidad de paz donde nadie pasa necesidad. Hoy seguimos recibiendo esta misma llamada, especialmente en un momento en que hay una necesidad urgente de paz en el mundo. La verdadera paz no se alcanza mediante la fuerza, sino a través del amor y la misericordia de Dios, que nos muestra el Cristo resucitado al acercarse a sus discípulos.